

Goce ahora y pague después

Quizá el lastre más pesado que deben sobrellevar los jóvenes actuales es la obligación de ser felices. Nuestros muchachos de 15 a 25 años tienen el deber de hacer esta época de sus vidas una experiencia de dicha, cuando todavía no han tenido tiempo de empezar a preguntarse qué los haría dichosos, cuando recién empiezan a saber lo que es querer por cuenta propia. Nuestros jóvenes son convocados a la premiación de la vida, sin haber participado aún en su certamen. Nuestra cultura funciona bajo la misma lógica que las tarjetas de crédito: Goce ahora y pague después... con intereses de usura, por supuesto.

De muchos lados asedia a los jóvenes el imperativo de gozar su "divino tesoro". En pocos campos, como éste, discursos tan disímiles hacen un coro más unísono: Los publicistas, los psiquiatras, los padres modernos... ¡Se feliz, consume!, dice la publicidad; si te deprimes vendrán los test, los diagnósticos y las terapias, dice la psicología adaptacionista; se todo lo feliz que yo no pude o no me atreví a intentar, hijo mío, hazlo sanamente, y si no lo logras sanamente... se feliz hijo mío, dicen, expresa o tácitamente, algunos padres modernos.

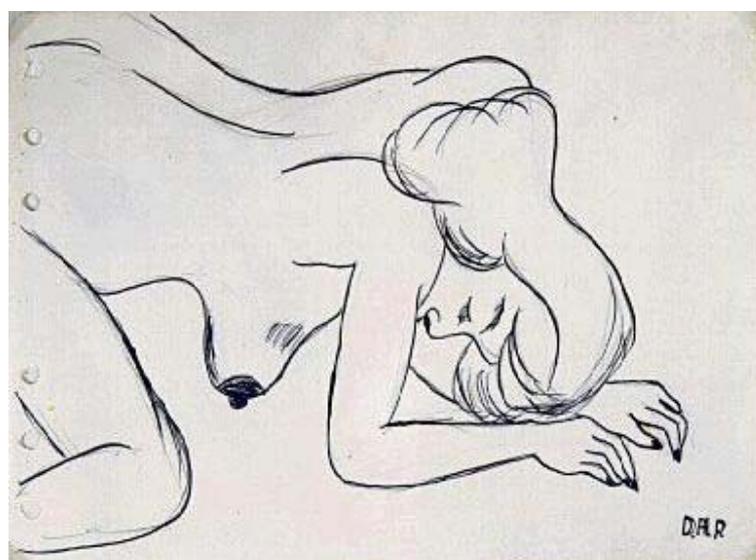
Los jóvenes que, pese a sus arrebatos de altanería y extravagancia, son gente dócil y urgida de reconocimiento, se toman muy en serio la tarea que nuestra época les asigna; se dedican a tratar de ser felices, con toda la frescura de su inteligencia y toda la ignorancia y inexperiencia ineludibles a su temprana edad. Obviamente no tienen una idea propia y elaborada de la felicidad, no han tenido tiempo de construirla. Pero las fantasías incumplidas de sus mayores, las ideologías del bienestar de los domesticadores de almas y, por supuesto, el discurso publicitario, tienen de antemano una urbe de respuestas. ¡Declárate en fin de semana permanente!, ¡disfruta tu sexualidad!, ¡goza de las mercancías!. Fantasías ingenuas: No hay viernes sin lunes, la sexualidad es insatisfactoria por su misma naturaleza, y las mercancías, con el perdón de los publicistas y de los dueños de las fábricas, sirven casi para todo menos para gozar.

Nuestros jóvenes, que son gente crédula, no advierten que sus mayores pueden obrar de mala fe, o equivocarse con las mejores intenciones, y apuestan todo su vigor y su ímpetu vital, a intentar una fiesta de una década con sus días y sus noches, a coleccionar encuentros corporales, y a profesar el fanatismo de los objetos. Y porfían en ello, pese a la imposibilidad de su cometido, que se evidencia en que cada vez pasan más tiempo huyendo de la resaca que buscando la embriaguez, en que sus sexualidades terminan por parecerse cada vez más a una gimnasia aeróbica sucedida por un repetido sentimiento de desolación interior, y a que la competencia feroz de la moda les depara más congojas que satisfacciones. Sin embargo, los jóvenes, obedientes al mandato, continúan haciendo la mueca de la felicidad, haciendo lo que suponen que es gozar la juventud: embriagando, excitando y ataviando sus cuerpos hasta el vértigo.

Es posible que no haya en la historia de la humanidad una cultura que jugara más sucio a sus jóvenes, que les haya barajado el naípe e invertido la lógica de la existencia, imponiéndoles hacer de la juventud (que suele ser una época caracterizada por conflictos internos, incertidumbres y perplejidades), hacer de esta época, repito, un paradigma de la vida deseable, del goce de la existencia, de la afirmación de la dicha. Los jóvenes, que son gente que tiene sentido de la vergüenza, viven esta contradicción a la que son compelidos como un reto dramático. Procuran, como pueden, evadir, sofocar o narcotizar sus tormentas interiores, para hacer la mascarada de felicidad que de ellos se espera. Algunos mueren en el intento.

Los jóvenes llegan así al mundo de los adultos desavenidos con sus ideales, sobregirados con sus cuerpos, endeudados con sus historias; desilusionados, con razón, de su monótona búsqueda de la felicidad. Llegan a iniciar la amortización de la deuda upaquizada de su época de

Jaime Alberto Carmona

Decano de la Facultad de Psicología
FUNLAM

Débora Arango
Sin título
Sin fecha
Dibujo, lápiz y tinta sobre papel
16.2 x 22.1 cm

dicha adelantada, cuando no deciden de antemano volverla impagable, llevando esa consigna de goce de la juventud hasta el extremo y dándose a la fuga antes de que llegue la cuenta, mediante una muerte prematura. Lo más normal es que los jóvenes que, en todo caso, no son como los niños que gozan de la repetición, se hastian más o menos pronto, y alcanzan un "saludable" estado de escepticismo y culpa, que favorece la tarea adaptadora de las instituciones del mundo adulto.

El Convenio de gozar la juventud, tiene un párrafo, en la letra menuda del contrato, que los jóvenes, que son gente apresurada, no se toman la molestia de leer. Es el siguiente: "padecer con resignación la madurez, y sufrir silenciosamente la vejez". Nuestra época mira con muy malos ojos a aquellos hombres y mujeres que tratan de vivir su madurez desde una ética del disfrute. Incluso alguna psicología ha acuñado la expresión peyorativa de "adolescentes tardíos" para aquellos que transgreden este orden propuesto. No son del gusto de nuestra época las Anas Kareninas ni las Emas Bovaris, incluso la psiquiatría norteamericana ha acuñado el término "Bovarismo" para combatir a las mujeres que intentan darle una segunda oportunidad al amor en su madurez. Tampoco son del beneplácito de nuestros días los Quijotes y los Sanchos, los hombres que deciden vivir a la aventura en el atardecer de sus vidas.

Nada nos impide preguntarnos que pasaría si los ríos corrieran hacia arriba, si hubiese una época que propusiera el goce de la madurez, que situara la apuesta a la felicidad posible en un período más sabio de la vida; no en la edad ilusa, en la que todavía las personas no están en condiciones de pensar la lógica y el destino de las instituciones políticas, laborales y familiares que los rigen, ni el poder para decidir sobre ellas. Una época así supondría el despropósito de que nuestros muchachos y muchachas vivieran su adolescencia, no con la pretendida asertividad y la insolencia que los caracteriza actualmente, sino como una época de adolecer, esto es, como tiempo de padecer el abandono del solar de la niñez y el ingreso tímido en la calle del mundo. Implicaría la insensatez de concederle a la juventud el derecho a la angustia, al malestar, a los vaivenes del ánimo; dejarlos que vivan sus crisis inevitables sin culpas adicionales y sin abrumarlos con demandas de felicidad que justifiquen los sacrificios que les ofrecen sus padres, sin que ellos los pidan. Una época en la cual la juventud no fuera el tiempo del imperativo de gozar, sino del crecimiento, de la construcción interior; incluso, de ciertos períodos de soledad; época de cultivo (no de cosecha), de las letras, las artes, la filosofía, la política...

Sería en realidad una época inquietante. Para empezar, se triplicaría el período de la vida en el que la gente cree en la felicidad y lucha por conseguirla. Dicho de otra manera, se multiplicaría por tres el número de personas que andan por el mundo luchando por conquistar la dicha. Pero las complicaciones no terminan ahí, ya que esos buscadores de dicha no serían jóvenes inocuos, sino hombres y mujeres adultos, involucrados en el mundo laboral y político, con poder de organización y decisión sobre la vida institucional de la sociedad, y peor aún, que tendrían propuestas de felicidad seguramente más originales e inteligentes que las de los jóvenes actuales. Y llevando las cosas al colmo, propuestas sustentadas filosóficamente; y, en el peor de los casos, organizadas en proyectos políticos.

Sería realmente perturbador del orden público, pero especialmente del privado. Seguramente habría menos ancianos prematuros, de esos que a los cuarenta años se embriagan y cantan "yo también tuve 20 años", y seguramente más viejos revolucionarios. Se trastornaría, indudablemente, la productividad de nuestra sociedad, no solamente porque probablemente la gente en edad productiva sería menos productivista, sino también porque tanto jóvenes como adultos podría ser que fueran menos consumistas, quizá habría que cambiarle el nombre de "Sociedad de Consumo". Posiblemente cambiaría la configuración de nuestras ciudades, los espacios y las horas dedicados a las nuevas expresiones del goce de la vida se multiplicarían; acaso disminuirían substancialmente algunas de las formas de goce extremas, ahora en boga, y aumentarían formas de goce menos exóticas y más complejas...

Pero, afortunadamente el orden público no está en peligro, ni el privado. Porque los jóvenes, que son gente que ha estudiado geografía, saben que los ríos corren hacia abajo, no sólo lo saben sino que dan prueba de ello diariamente, siguiendo la corriente. Así, la publicidad y cierta romanticonería pseudoliberal les han hecho creer que si pese a todo no han conquistado la felicidad es porque las leyes cortan sus alas, entonces muchos jóvenes hacen de la transgresión de todo tipo de normas un emblema de sus anhelos de cambio, se dedican a desafiar los límites jurídicos (y de paso los orgánicos, los físicos, los morales...los lingüísticos), porque, estos jóvenes, aunque son gente que ha cursado algunas asignaturas de historia, no

necesariamente han comprendido que lo opuesto a la libertad, en el orden social, no es la ley sino la tiranía, abierta o encubierta (por ejemplo la moda); la ley, al contrario, ha sido históricamente un instrumento fundamental de todos los movimientos libertarios en sus luchas contra cualquier forma de despotismo (baste citar el ejemplo por excelencia, la Revolución Francesa). La invariable transgresión de la ley a la que se entregan devotamente muchos jóvenes, no sólo es inofensiva para la ley, sino que le permite reafirmarse, convirtiéndolos en candidatos a ser objeto de su acción ejemplarizante. Así se preparan, tras unos pocos años de rebeldía cándida, para abrazar la ley indemne, y hacerse en su madurez, siervos acríticos defensores de ella.

Afortunadamente, existen jóvenes desconfiados, que se resisten a creer que tanta dicha junta sea posible, o que sea tan fácil. Y reservan algo de sus ilusiones de felicidad para jugarlas en otra partida. Esos serán acaso, en su momento, las Emas y las Anas, los Quijotes y los Sanchos, gracias a los cuales todavía se puede vivir con alguna dignidad en el mundo de los adultos.

[INICIO](#) | [PRESENTACIÓN](#) | [EVENTOS](#) | [SITIOS RECOMENDADOS](#) | [STAFF](#) | [CONTÁCTENOS](#) | [CORREO](#) | [FUNLAM](#)

© 2000-2003